

EL ULTIMO FOUCAULT Y SU MORAL

PAUL VEYNE

Paul Veyne es uno de los más reconocidos historiadores franceses de la actualidad, especializado en Grecia y Roma. Entre sus obras se destaca, por su interés general, el volumen "Cómo se escribe la historia" ;que Ed. Alianza editó con "Foucault revoluciona la historia" como apéndice. P.V. fue amigo cercano de Michel Foucault, quien sucedió en su cátedra en la Universidad de París VIII tras su muerte.

Foucault acabó experimentando por la antigüedad grecorromana una atracción tan viva como la de su maestro Nietzsche. La admiración implica un candor y una disimetría que repugnan de ordinario a los intelectuales, esa casta de resentidos; así que un día me sorprendí al ver a Foucault abandonar su mesa de trabajo para decirme ingenuamente: "¿no crees que ciertas obras maestras poseen una aplastante superioridad sobre las otras? Para mí, la aparición de Edipo ciego, al final de la obra de Sófocles..." Jamás habíamos hablado de *Edipo Rey*, apenas si habíamos hablado alguna vez sobre literatura, y esta falsa pregunta expresaba una brusca emoción que no pedía respuesta. Igualmente, nuestros alternados cantos a la gloria de René Char se reducían pudorosamente a algunas frases. Mas, cuando le fue necesario sumergirse en la literatura antigua para poder escribir sus dos últimos libros, Foucault llegó a experimentar un placer sensible, al que hizo durar, y yo le oigo aún decir, con el laconismo de rigor, que las epístolas de Séneca eran un texto magnífico. Y es que en efecto existe alguna afinidad entre la elegancia del individuo Foucault y aquélla que distingue a la civilización greco-romana. En resumen, la elegancia antigua ha sido secretamente para Foucault la imagen de un arte del vivir, de una moral posible; durante sus últimos años, cuando trabajaba sobre los estoicos, reflexionaba mucho sobre el suicidio: "pero no hablaré más: si me mato, la gente lo verá bien"; su muerte tuvo algo de eso, como habría de verse. Sólo Foucault se hizo de la moral una concepción tan particular como para que finalmente el problema acabase siendo: ¿es posible, al interior de su filosofía, una moral para Foucault?

Evidentemente no le atribuiremos el propósito de renovar la moral estoica de los griegos. En la última entrevista que la vida le permitió conceder, él se manifestó muy claramente: no se encontrará jamás la solución a un problema actual en un problema que, por estar situado en otra época, no es el mismo sino por una semejanza falaz. El jamás creyó ver, en la ética sexual de los griegos, una alternativa a la ética cristiana, sino más bien al contrario. No existen problemas similares a través de los siglos, no menos de naturaleza que de razón; el eterno retomo es así un eterno partir (él amaba esta expresión de René Char), y no existen más que las valorizaciones sucesivas. En un sempiterno *new deal*, el tiempo redistribuye las camas sin cesar. La afinidad entre Foucault y la moral antigua se reduce a la moderna reaparición de una sola carta al interior de una partida del todo diferente; es la carta del trabajo de sí sobre sí, de una estetización del sujeto, a través de dos morales y dos sociedades muy diferentes entre sí.

Moral sin pretensión a la universalidad. Foucault era un guerrero, me decía Jean-Claude Passeron, un hombre de la segunda función; un guerrero es un hombre que puede abstenerse de la verdad, que no conoce más que los prejuicios, los suyos y aquéllos de su adversario, y que tiene la energía suficiente para batirse sin necesidad de dar una razón para justificarse; "toda respiración propone un reino", escribió también Char. El curso de la historia no supone problemas eternos, esencias ni dialéctica; no hay en ella más que valorizaciones, las cuales son diferentes de una cultura a otra lo mismo que de un individuo a otro; valorizaciones que no son, como le gustaba repetir, ni verdaderas ni falsas: ellas son, eso es todo, y cada uno es el patriota de sus valores. He aquí prácticamente lo contrario de un fatalismo colectivo a lo Spengler. El porvenir esfumará nuestros valores, el pasado de su genealogía sin dinastía ya los ha refutado, pero no importa: ellos son nuestra carne y nuestra sangre, tanto tiempo hace que constituyen nuestra actualidad. En su primera lección del año 1983 en el College de France, Foucault oponía, a una "filosofía analítica de la verdad en general", su propia preferencia "por un pensamiento crítico que habría de tomar la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad"; él llegó, aquel día, hasta a apelar a "aquella forma de reflexión que, de Hegel a la Escuela de Frankfurt, pasa por Nietzsche y Max Weber": se cuidará de llevar demasiado lejos esta analogía un tanto circunstancial, pero de ella retendrá dos cosas. Los libros de Foucault

son, literahmente, libros de un historiador, al menos a los ojos de aquéllos que han admitido que no existe historia que no sea interpretativa. Pero Foucault no hubiese escrito todos los libros de los historiadores. Porque la historia, esa interpretación, tiene por segundo programa el de ser un completo inventario. Ahora bien, Foucault no se volvió historiador más que de aquellos puntos en donde el pasado encubre la genealogía de nuestra actualidad. Esta última palabra permanecerá como la mayor. No hay más relativismo desde que se deja de oponer la verdad al tiempo, o igualmente de identificar al Ser con el tiempo: lo que aquí se opone al tiempo como a la eternidad es nuestra actualidad valorizante ¿Qué importa que el tiempo pase y su frontera oscurezca nuestras valorizaciones? Ningún guerrero ha sido perturbado en su patriotismo por la idea de que, si hubiese nacido al otro lado de la frontera, su corazón latiría por el otro bando.

La filosofía de Nietzsche, gustaba de repetir Foucault, no es una filosofía de la verdad, sino del decir-verdadero [dire-vrai]. Para un guerrero, las verdades son inútiles, y es incluso demasiado decir que son inaccesibles; si ellas estuviesen dictadas por la semejanza o la analogía con las cosas, se podría desesperar por alcanzarlas, como afirma Heidegger en un momento de su recorrido. Pero, al creer buscar la verdad de las cosas, los hombres no acaban sino por fijar las reglas según las cuales será juzgado el decir verdadero o falso. En este sentido, el saber no sólo -es el lugar de los poderes, un arma del poder, o él mismo poder, al mismo tiempo que saber: él no es más que poder, radicalmente, pues no es posible un decir-verdadero, más que por la fuerza de las reglas impuestas en una a otra ocasión por una historia de la cual los individuos son a la vez y mutuamente actores y víctimas. Entendemos entonces por verdades, no las proposiciones verdaderas a descubrir o a aceptar, sino el conjunto de reglas que nos permiten decir y reconocer aquellas proposiciones tenidas por verdaderas.

Se convendrá en que una filosofía de guerrero está más cercana a una filosofía del actor histórico que a un fatalismo. Hacia 1977, Foucault, en una circunstancia que yo prefiero olvidar, escribió en *Le Monde* una cosa menos olvidable: que las libertades y los derechos del hombre se fundan más seguramente sobre la acción de hombres y mujeres decididos a llevarlos al poder y defenderlos, que sobre la afirmación doctrinal de la razón o del imperativo kantiano. Había allí, bien entendida, una denuncia de la sobrevaloración de la filosofía:

Foucault apenas si creía que la práctica discursiva de una época encontrase el motivo de su elección en sus formas redobladas, en sus textos canónicos, y que la institución del terror atómico hubiera podido surgir de un enunciado desafortunado de Descartes. Pero había más aún: la persuasión, fundada por otra parte, de la vanidad de las racionalizaciones y los ratiocinios. Hace tres o cuatro años, en el departamento de Foucault, mirábamos por tevé un reportaje sobre el conflicto palestino-israelí; en un momento, la palabra le fue cedida a un combatiente de uno de los dos campos (es radicalmente indiferente decir a cual). Pues este hombre tenía un discurso distinto a aquéllos que se oyen de ordinario en las discusiones políticas: "yo no sé más que una cosa", decía el partisano, "y es que voy a reconquistar la tierra de mis ancestros. Lo busco desde que soy adolescente; ignoro de dónde me viene esta pasión, pero así es la cosa". "Henos aquí por fin", dijo Foucault, "todo está dicho, y ya no hay nada que decir".

Cada valorización de la voluntad de poder, o cada práctica discursiva (muchos estudiosos precisaron la relación entre Nietzsche y Foucault sobre este punto) está prisionera de sí misma, y la historia universal no se teje sino con estos hilos; la valoración griega del placer antes que del sexo hacía que los griegos no encontrasen otro objeto sino este placer, siendo que el sexo de la pareja era por lo demás indiferente. Se adivina en qué medida esta filosofía, que quita a los hombres, por así decir, las razones de su lucha, -pues ella misma lucha por evitar toda razón-, habría de volverse impopular. A su vez, ella no habría favorecido a estos dos malentendidos: el desconocimiento del nivel trascendental de la crítica de Foucault; la interpolación de una negatividad que permitiría creer en lo que se desea y que siempre se está situado en el campo correcto.

Aquello que llamamos una cultura no posee en verdad ninguna unidad de estilo, es más bien un revoltijo de prácticas discursivas rigurosamente interpretables, un caos de precisión. Pero todas estas prácticas tienen en común el ser a la vez empíricas y trascendentales: empíricas, y por tanto siempre superables; trascendentales, y como tales constitutivas desde hace tanto tiempo que no pueden ser eliminadas, y sólo el diablo sabe con cuál recurso habrán de imponerse en cada caso esos "discursos" (dado que constituyen las *condiciones de posibilidad* de toda acción). Foucault no se opondría si se le plantease que lo trascendental es al mismo tiempo histórico. Las condiciones de posibilidad inscriben toda realidad al interior de un

polígono irregular, cuyos extraños límites no poseen jamás la amplia cobertura de una racionalidad acabada; sus límites les son desconocidos a la misma razón y parecen inscriptos en la plenitud de algún razonamiento, esencia o función. Lo cual es falso, pues constituir es también siempre excluir; hay siempre un vacío en derredor, pero ¿vacío de qué? De nada, una nada, una simple manera de evocar la posibilidad de polígonos recortados de otro modo, en otros momentos históricos; una simple metáfora.

Así pues, cuando Foucault se refería a este gesto de recorte o, como él decía, de rarefacción, y así también al Gran Encierro bajo Luis XIV, a las prisiones, etc, parecía estar hablando de una misma cosa, y de una cosa apasionante, que en efecto apasionaba al individuo Foucault. Pero el nivel transcendental que hay en todo ello ha quedado un poco olvidado para muchos de sus lectores; pues el propósito del filósofo Foucault no era el pretender que, por ejemplo, el Estado moderno se caracterize por un gran gesto de puesta-aparte, de exclusión más que de integración, lo cual sería evidentemente excitante para discutir; su propósito fue el de mostrar que todo gesto sin excepción, estatal o no, no completa jamás el universalismo de una razón, y deja siempre un vacío y un afuera, incluso cuando este gesto fuese de inclusión y de integración. De igual modo, cuando Kant habló de la constitución transcendental del espacio y del tiempo, nos estaba negando la posibilidad de actuar en esos campos: pero lo difícil sería, más bien, que en nuestra ignorancia nos abstuviésemos de actuar.

El otro generoso malentendido viene de la mano del famoso vacío; se tiende a imaginar que la finitud de toda práctica discursiva no es más que empírica; así también el vacío metafórico deviene para algunos en un espacio real, poblado con todos los excluidos, expulsados y leprosos, y con los murmullos de todas las palabras marginadas y reprimidas. La tarea histórica sería entonces la de restituirles la voz: una racionalidad de la negatividad de las posiciones encontradas restablecería por fin una filosofía estimulante, que sustentaría en la razón nuestros buenos sentimientos. Pero si hay una cosa que distingue al pensamiento de Foucault del de cualquier otro, es el firme propósito de no hacer un doble uso, de no reduplicar nuestras ilusiones, de no afirmar como finalmente verdadero aquello que cada uno desearía creer, de no probar aquél que es o que debería ser sobre la base de una razón de ser. Cosa rarísima, he aquí un filósofo sin *happy end*; esto no quiere decir que acabe mal: nada

puede "acabar", puesto que ya no hay más término, como no hay origen. La originalidad de Foucault entre los grandes pensadores de este siglo ha consistido en no convertir nuestra finitud en fundamento de nuevas certezas.

Auténtica pintura de la historia universal, constancia evidente de los tiempos que todo lo borran; sin embargo, nosotros continuamos sin ver nada, y releendo a Kant... La filosofía de Foucault es a la vez, casi trivial, y paradójal. Foucault se reconoce incapaz de justificar sus propias preferencias; no puede echar mano, ni de una naturaleza humana, ni de una razón, ni de funcionalismo, ni de una esencia, ni de la adecuación al objeto. Todos, en suma estamos igual, sin duda, pero, si es que no se pueden discutir más los gustos y las valoraciones, ¿con qué objeto haber escrito libros de historia, que bien pueden ser de moral, y que ciertamente lo son de filosofía? Pues porque un saber es un poder: él se impone y se nos impone, no dimana de una naturaleza de las cosas; pero posee, sin embargo, su límite: la actualidad.

Es el destino de la filosofía lo que aquí está en juego; pero, ¿a qué es a lo que ella se aferra? ¿a duplicar aquello de lo cual los hombres están ya suficientemente persuadidos? Pero, a pesar de lo que afirman los filósofos justificadores o tranquilizadores, el espectáculo del pasado no nos deja ver otra razón en la historia que los combates de los hombres por aquello que, ni verdadero ni falso sin duda, se impone como lo verdadero a decir; si esto es así, una filosofía no tiene más que un uso posible: hacer la guerra; pero no la guerra anterior: la guerra actual. Y, por eso, ella debe comenzar por demostrar genealógicamente que no existe otra verdad de la historia, que este combate. Sí a la guerra, no al atiborrantamiento de fanfarrones patrióticos.

Aquí aparece una característica poco destacada de la obra de Foucault, una elegancia que se fundamentaba filosóficamente, que se hacía sensible en su conversación privada, en la que la cólera no estaba excluida, pero sí más bien la indignación. Foucault jamás escribió: "Mis preferencias políticas o sociales son las verdaderas y las buenas" (lo que es decir lo mismo, se le concederá a Heidegger): él no escribió por lo demás: "las preferencias de mis adversarios son falsas"; todos sus libros suponen más bien esto: "las razones por las cuales mis adversarios pretenden que su posición es la verdadera reposan genealógicamente sobre nada"; Foucault no atacaba las elecciones de otros, sino las racionalizaciones que los otros añadían a

sus elecciones. Una crítica genealógica no dice "yo tengo razón y los otros se engañan", sino solamente: "los otros no tienen razón al pretender que tienen la razón". Un auténtico guerrero conoce, a falta de la indignación, la cólera, el *thumos*; Foucault no se inquietaba por tener que fundamentar sus convicciones, le bastaba con su valor; pero racionalizarlas hubiese sido humillarse, sin ningún provecho para su causa.

Los hombres no pueden más que valorar, no menos que respirar, y se enfrentan por sus valores. Foucault va pues a tratar de imponer una de sus preferencias, rescatada de los griegos, la cual le parece ser de actualidad; no lo hace por pretender tener la razón, ni por lo contrario, pero procuraba ganar y esperaba ser actual. Pues la actualidad limita las preferencias posibles. Max Weber, otro nietzscheano, había exclamado con belleza: "puesto que no existe la verdad de los valores y que el cielo se encuentra desgarrado, es que cada uno combate por sus dioses y, cual nuevos Lutero, peca resueltamente": pero las posiciones enemigas no son así de reversibles como lo indica Weber; la actualidad nunca es cualquiera. Ser filósofo, es hacer el diagnóstico de los actuales posibles, y al hacerlo, erigir la carta estratégica. Con la secreta esperanza de influir en la definición de los combates. Atrapado en su finitud, en su tiempo, el hombre no puede sino pensar, no importa qué ni importa cuándo; ya vaya a reclamar a los romanos la abolición de la esclavitud, o a reflexionar sobre el equilibrio internacional. Un recuerdo me viene, que data de 1979; aquel año, Foucault inicia su curso más o menos en estos términos: "Voy a abordar ciertos aspectos del mundo contemporáneo y de su gubernamentalidad; este curso no les dirá qué es aquello que ustedes deben hacer, o contra qué deben de combatir, pero les proveerá una carta; y por ende les dirá: si ustedes quieren atacar en tal o cual dirección, bien, pues aquí hay un nudo de resistencia, y, allí un acceso posible". Foucault añade también aquí, algo de lo cual yo ignoro el sentido exacto: "en cuanto a mí, no veo, al menos por el momento, cuáles criterios son los que permitirían decidir contra qué cosa enfrentarse, salvo, tal vez, los criterios estéticos"; no hay que abusar de estas últimas palabras, que podrían no ser sino una confesión de ignorancia, o una distancia que toma respecto de las convicciones de muchos de sus oyentes. Todo lo más, lo que puede haber aquí es un vago presentimiento del que habrá de ser el gran tema en el año de su muerte: no ya los criterios estéticos, sino la idea de un estilo de existencia.

Porque, en *L' usage des plaisirs* y en el *Souci de soi*, el diagnóstico de la actualidad es aproximadamente éste: en el mundo moderno, parece haberse vuelto imposible fundamentar una moral. No existe más una naturaleza o una razón ante la cual rendirse, ni un origen con el cual entablar una relación auténtica (el caso de la poesía, diría yo, es aparte); la tradición o el sometimiento no son más que situaciones de hecho. Ya no pregonamos más, por tanto la crisis ni la decadencia; las aporías de la reduplicación filosófica jamás han conmovido al común de los mortales. Lo que perdura es que el común de los mortales se compone de sujetos, de seres desdoblados que mantienen una relación de consciencia o de conocimiento de sí con sí mismos. Es sobre estas bases que jugará Foucault.

La idea de un estilo de la existencia ha jugado un papel en las conversaciones, y sin duda en la vida interior de Foucault durante los últimos meses de una vida que él solo sabía amenazada. "Estilo" no quiere decir aquí distinción; la palabra está tomada en el sentido de los griegos, para quienes un artista era, antes que nada, un artesano, y una obra de arte, una obra. La moral griega está bien muerta y Foucault estimaba tan poco deseable como imposible el resucitarla: pero un detalle de esta moral, a saber, la idea de un trabajo de sí sobre sí, le parecía susceptible de adquirir un sentido actual, a la manera de una de esas columnas de los templos paganos que a veces uno ve reinstaladas en los edificios más recientes. Adivinamos algo en vista de este diagnóstico: el yo (moi) se pone a sí mismo, como una tarea a desempeñar, el poder sostener una moral que ni la tradición ni la razón ya favorecen más: artista de sí mismo, ejercería esa autonomía de la cual la modernidad no puede sino abstenerse. "Todo ha desaparecido", decía Medea, "pero una cosa me queda: yo". En fin, si el yo nos rescata de la idea de que entre la moral y la sociedad, o aquello que denominamos así, existe una ligazón analítica o necesaria, entonces no hay ya más necesidad de aguardar a la Revolución para comenzar a actualizarnos: el yo (moi) es la nueva posibilidad estratégica.

Foucault, que sabía ver en grande, no pretendió entregarnos por lo tanto una moral ya formada de cabo a rabo; esas hazañas académicas las consideraba muertas junto con la antigua filosofía. Pero nos sugirió una salida. El resto de su estrategia, se la llevó consigo. Pero él en ningún caso hubiese pretendido aportar una solución verdadera ni definitiva; puesto que la humanidad se desplaza sin cesar; siendo que también alguna solución actual revela pronto

que ella también conlleva sus peligros; toda solución es entonces imperfecta, y ello será siempre así: un filósofo es aquél que, para cada nueva actualidad, diagnostica el nuevo peligro y muestra una nueva salida. Con esta concepción novísima de la filosofía, la verdad clásica está muerta, en tanto que, de la confusión historicista moderna, se desprende la idea de actualidad. (1)

Foucault no experimentó el miedo a la muerte: se lo decía a veces a sus amigos, cuando la conversación retomaba sobre el suicidio, y los hechos lo probaron, aunque de otra manera, de la cual él no se hubiese jactado. La prudencia antigua se le había vuelto hábito personal incluso de otras formas: durante los ocho últimos meses de su vida, la redacción de sus dos libros jugó para él el rol que la escritura filosófica y el diario personal desempeñaban en la filosofía antigua: el de una labor de sí sobre sí, el de una autoestilización (él mismo publicó, en aquellos días, en el número 5 de *Corps écrit*, un profundo estudio sobre esta cuestión)

Durante esos ocho meses, se le vio dedicarse tenazmente a escribir y reescribir sus dos libros, a saldar esa larga deuda consigo mismo; él me hablaba sin cesar de sus libros, o me hacía verificar las traducciones; pero se le pegaba una leve fiebre incesante y una tos tenaz que lo demoraban; él me hacía, por cortesía, pedirle consejos a mi mujer, que es doctora y que nada podía hacer, pero...él *sabía*.

"Deberías reposar de una buena vez", le decía yo, "tus estudios de griego y de latín te han agotado" - "Sí, pero después", contestaba; "antes tengo que terminar con estos dos librecitos".

Retrospectivamente, su actitud non quita el aliento. Dar mientras se está vivo *exempla*, ¿no era otra de las tradiciones de los filósofos antiguos? Todo eso acababa por estallar para mí en una alucinación visual, el mismo día de la muerte de Foucault, cuando sólo algunos minutos antes el llamado de Maurice Pinguet me hacía conocer la cuestión desde Tokio, donde la radio japonesa acababa así mismo de anunciar la novedad.

El hombre es un ser que confiere sentidos, y que estetiza también alguna vez. Un año antes de su muerte, Foucault tuvo un día la ocasión de hablar sobre el ritual de la muerte solemne, tal como se lo practicaba en la Edad Media e incluso en el siglo XVII; el moribundo, rodeado por todos sus parientes, les dejaba sus lecciones desde su lecho de muerte. El historiador Philippe Aries se lamentó que en nuestra época ese gran ritual de integración social haya caído en desuso; Foucault, él mismo, no se lamentó de nada, sino que escribió

esto: "Yo prefiero la dulce tristeza de la desaparición a esta suerte de ceremonial. Hay algo de quimérico en el querer reactualizar, en un ímpetu nostálgico, las prácticas que ya no poseen más ningún sentido. Tratemos, mejor, de otorgarle sentido y belleza a la muerte-desaparición".

(1) El me decía una tarde, en la que discutíamos sobre la verdad de los mitos, que la gran cuestión, según Heidegger, era la de saber cuál era el fundamento de la verdad; según Wittgenstein, la de saber qué se dice cuando se dice lo verdadero: "pero, a mi ver", añade textualmente (pues luego tomé nota de aquella frase), "la cuestión es: ¿de dónde sale que la verdad sea, como mínima, o verdadera?"

Trad. libre: Ernesto M. Funes